



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Buen Padre, un buen hijo

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL BUEN PADRE UN BUEN HIJO	3
1.- En recuerdo de su padre.....	3
2.- y de su madre.....	5
HUÍDA A SAINT USTRE	8
Últimos recuerdos	8
El ambiente político-religioso de Coussay	9
El P. Coudrin se refugia en Saint-Ustre	12

EL BUEN PADRE UN BUEN HIJO o el refugio del abbé Fillatreau

Antoine Lestra, I, pg. 61 sgts

1.- En recuerdo de su padre

Para no confundir al lector se advierte que este "documento" tiene una referencia a un personaje, el *abbé Fillatreau*, que aparece en la vida del Fundador en circunstancias singulares. Quizás ni le conocía antes, pero providencialmente le coloca Dios en su camino como primicia de tantas ocasiones difíciles en que va a necesitar confiar en su presencia protectora. Es de corazón atrevido el Fundador, pero necesita aprender a hacer más sitio en su vida al Señor, es decir, aumentar la experiencia de que Dios le ama. Pero de tal modo que lo necesite para algo que aún no conoce. Ha de atreverse, pero también cuidarse. Su futuro depende de los dos. Será Buen Padre si aprende a ser buen hijo.

Si estas reflexiones van en busca del *abbé Fillatreau*, sería muy desconsiderado que no aparezca en esta situación reflexiva el recuerdo de la grandeza religiosa y moral del padre que le dio la vida con su carne y con su sangre, **Abraham Coudrin**. Siempre que aparece su recuerdo, las dos imágenes que primeras se presentan, cada uno tendrá las suyas, son, primero, la carta que, siendo seminarista, escribió a su padre al enterarse de que se ha perdido el juicio iniciado por el abuelo hacía 42 años. Sin traerlo más a cuento, todos recordamos al abuelo, salvando del grave peligro de las aguas en que se hundía, a la que le puso pleito, que en esos momentos por sentirse salvada, se lo agradeció con estas palabras: "No descansaré hasta que les vea mendigando el pan de puerta en puerta".

Para entrar de residencia en el Seminario Mayor, con el fin de cursar el tercer año de estudios de teología, necesitaba una bolsa de estudios, valorada por los estudios anteriores y las suertes que impartía el tribunal. Aquel año Pedro Coudrin la había adquirido, aunque parece que ese año la cantidad era más menguada que en años anteriores. Su padre le había asegurado que podría completar el total. En esas circunstancias demasiado ajustadas, es cuando coincide el fallo del tribunal a favor de la otra parte.

Todo esto nos ayuda a comprender la situación en que Pedro escribe a su padre: la carta dice así:

“Oh, mi querido padre! En este instante acabo de enterarme de la noticia de nuestra destrucción. ¡Ay! ¿por qué lo he ignorado tanto tiempo. Vuestra ternura conmigo quería evitarme la pena por ello¹. Es el colmo de las desgracias; pero hay un Dios, fuente de toda consolación. Ah!, tengamos confianza en él, ya que la injusticia de los hombres nos ha reducido a ser un gusano de tierra, a quien se le arrebatara toda sustancia. Los crímenes no quedarán impunes y estén convencidos que existe un Dios misericordioso para los afligidos. ¿Qué quieren, amigos míos? Está decidido que hemos de acostarnos sobre paja todo el resto de nuestra vida. Hay que aceptarlo. Ahí tienen a Job, por desgracia. Tranquilícense. Sé muy bien cuán dignos de lástima somos; pero es necesario vender, ah! vendan, vendan No tengo mayor dolor que por vosotros todos que habéis trabajado tanto para quedar reducidos a quedar por los suelos. El cielo, el justo cielo lo quiere. Soportemos con paciencia lo que ordena. Yo trataré de no haceros gastar nada. Ah! qué desgraciados sois! Orad a Dios, orad a Dios sin descanso. Es el verdadero, el bueno y el único consolador.

El Sr. arcipreste quiere al parecer ayudaros. Ah! sea lo que fuere, no murmuré. Dejemos que todo el mundo venga contra nosotros. Suframos solos la cruz afflictiva que el Señor nos envía. Si son culpables perecerán, estad seguros de ello, y Dios permite que los que deben ser salvados sean también derribados, para entrar en la nada. Estad seguros: Dios lo dice: si tienen nuestro bien injustamente, todo desaparecerá lo mismo que ha venido. No se alegrarán por largo tiempo; ero suframos pacientemente. Perdonemos, padre mío, madre mía, tío mío, hermanos míos y hermana mía demasiado dignos de compasión. Perdonemos, perdonemos². ¿Qué es lo que sabemos? Quizás Dios quiere que nos reunamos en otro lugar. Oh! qué bella es la virtud de la confianza en Jesús! Resignémonos a su santa voluntad. Bendigamos la mano que nos golpea. Porque está decidido en los decretos de la Divina Providencia que, si el cielo no quisiera todo esto, aunque nos dieran un fuerte puñetazo en la garganta, no nos matarían.

Seamos dóciles al Ser Supremo; no le abandonemos nunca³. Ciertamente, Él nos consolará pronto. La justicia eterna no soportará que todos seamos

¹ El estilo de las primeras frases y la mención del Sr. Arcipreste algo después, hacen pensar en que la noticia llegó a Pedro no por una carta de su padre, sino por una persona extraña a la familia y seguramente por el abbé Michel Limousin, párroco de Coussay y arcipreste de Châtellerault, quien habría sugerido la solución de la venta de las propiedades, en el caso de que una transacción amistosa de la que proponía poder él encargarse, no tuviera éxito.

² La exhortación valerosa del hijo: “Perdonad”, 4 veces repetida en la carta, tenía el camino abierto para ser comprendida de los suyos, ya que tan profundamente enraizada estaba en la tradición familiar, bajo la forma sobretodo de perdón de las ofensas; es suficiente recordar el episodio, recordado por todos los biógrafos del P. Coudrin, de la vida del abuelo salvando de ahogarse a este Dorotea Degenne, instigadora del proceso y recompensado de este acto heroico de caridad por las maldiciones y los hechos sobre su persona (Cf. P.Patern Rouén ASSCC 1937, p. 18 sgts.)

³ Ser Supremo: ningún resabio de “filosofía” o de “deísmo”, sino simplemente uso de una terminología corriente entonces, como ahora en las escuelas de teología (tratados “de Deo Uno” y “de Vera Religione” etc.

desgraciados. En vano nos entregarán a la desesperación. Han sucedido ya las cosas. El golpe ha llegado: no lo convirtamos en incurable. Arréglenlo lo más pronto. No quieren más que nuestra ruina. El Señor no lo sufrirá. Tendremos todavía que aguantarlos encima con la ayuda de la misericordia de Dios viviente.

Si tiene algunas consultas que hacer, pónganlas por escrito.

Los abogados en cuya casa habito me han prometido complacerme en todo⁴. Estad persuadidos de mi afecto y de mis sentimientos por los que soy vuestro hijo querido

Coudrin

Amemos a Dios: sí, mis queridos padres, amémosle por encima de todo. Él nos aliviará, estad seguros de ello; no permitirá que perdamos todo; pero perdonemos a nuestros enemigos.

Poitiers, este 23 abril 1789

++*+*+*

2.- y de su madre

Eran dos imágenes las que decía me saltan a la mente al recordar momentos de su juventud y aún niñez. Sobre la marcha aparecen papeles que sería un imperdonable descuido el que se vayan por el desagüe. Me ha sucedido en este instante... y allá van a la aventura. Por la sencilla razón de que las circunstancias de cada día convencen más de que no son las reflexiones teóricas o flexiones gimnásticas mentales, las que preparan la tierra para la sementera. Para mí tengo que uno de los signos de los tiempos que está moviendo a los cristianos, en las parroquias y fuera de ellas, es el descubrimiento de los Evangelios. Por todos lados se hacen lenguas de que esto marcha. Es todo un síntoma.

Pues bien, transcribo unos papeles "evangélicos" tocantes a nuestro Fundador.

Lo que constituye para un cristiano el más envidiable tesoro, es su riqueza espiritual: una fe bien templada. Por esta razón hay pocas familias tan favorecidas como la de nuestro Fundador. Y no hay una razón para pensar que en sus antepasados no fuera así. Se la puede seguir muy bien hasta el abuelo del Fundador. La piedad es a menudo hereditaria en un hogar, cuando un hogar es un hogar. Hoy habría que mirar con lupa la afirmación, pero no porque no sea verdadera, sino porque no hay hogares. De todas maneras, tirar la toalla es la peor de las soluciones. Pero no hago futurismo, me voy a la

⁴ Los Chocquin

historia, al menos para decir, aunque sea nostálgicamente, cómo fueron las cosas, ejemplares para hoy.

Los niños tienen los ojos fijos en sus padres y los ejemplos de estos valen más que todas las buenas palabras que puedan prodigar. Cuidamos, es un decir, de los niños y chicos, esto y lo de más allá. Quien manda en su corazón es su capricho, que es quien les mantiene en unas situaciones esquizofrénicas. En los tiempos de que hablamos existía la familia, como una luz que les encandilaba. Hoy la familia es otra cosa, si lo es.

Pero hablemos de la familia del abbé Coudrin, quien conoció a su abuelo de quien guardaba el más edificante recuerdo. Más cerca de él vio inclinarse sobre su cuna primero, formar y desarrollar su inteligencia y su corazón después, a un padre y a una madre, admirables en todos los sentidos. El padre Abraham Coudrin no paraba, en medio de sus negocios, a la cabeza de las explotaciones importantes. Sin embargo nada ni nadie le separaba de sus deberes de piedad. Alguien que le conoció en sus últimos años nos ha trazado de este hombre de fe un retrato que no nos atreveríamos a retocar. Detalles que no son inéditos, pero completan muy bien la fisonomía de una tribu patriarcal.

Hoy se ríen de la tribu, pero el biógrafo se atreve además a añadir, "... como ya no las hay y como no las volverá a haber jamás". Todo un profeta. Sigamos contemplando aquel paisaje lejano. Han transcurrido años y merece la pena volver a mirarle ahora. Abraham Coudrin⁵ "pasaba muy feliz varias horas seguidas ante el Santísimo Sacramento. Tenía la piadosa costumbre de recitar todos los días los siete salmos Penitenciales, para pedir a Dios que preservara a sus hijos de todo pecado mortal. El tiempo que no empleaba en los trabajos del campo, su ocupación habitual, se entregaba a la oración y a las santas lecturas. Lleno de ternura por los pobres, distribuía abundante trigo entre las familias indigentes y ocultaba sus limosnas cuanto podía. (Su hijo, el abbé) me ha contado él mismo que a la edad de seis años, testigo de la caridad con que su padre no solo acogía sino que prevenía a los que estaban pasado necesidad, más de una vez había traicionado su secreto. Durante la Revolución, este respetable anciano tuvo mucho que sufrir por parte de los perseguidores, lo mismo que toda su familia. Lleno de respeto por el carácter sagrado del sacerdocio, no se permitía *tutear* a su hijo, desde que se ordenó de sacerdote.

"Yo tuve, desde 1799 a 1803, el consuelo de verle varias veces en Poitiers: imponía respeto, más aún por su humilde piedad que por sus cabellos blancos. Al quedarse ciego en sus últimos años, no tenía mayor consolación

⁵ P. Hilarión ss.cc.: "Vie... (manuscrita) de él. El P. Hilarión era hijo de un Notario de Tours ,que se unió al P. Fundador a los 18 años, siendo uno de los dos candidatos que recibió en su nueva Congregación, que aparte las Hermanas, no tenía aún otro religioso que a sí mismo. Hilarión fue un hombre de una inteligencia extraordinaria y un infatigable trabajador a quien debemos el conocimiento histórico, en su casi totalidad, de nuestra primera comunidad religiosa. Al afirmar esto, no olvidamos a nuestra Hermana Gabriel de la Barre, por eso decimos "en casi su totalidad", la de los orígenes que vieron unos ojos femeninos

que la de ir a la iglesia a desahogar su alma en presencia de Dios. Permanecía hors enteras de rodillas a los pies del Santísimo Sacramento, para, decía él, reparar las irreverencias que se cometen en Lugar santo. El 25 de abril 1820, con 89 años, se fue a recibir la recompensa que Dios promete a las almas fieles. Ya moribundo se encomendó con insistencia a las plegarias de toda nuestra Congregación, por cuya prosperidad expresaba sus deseos constantemente”.

En la familia aparece el nombre de Francisco Massonneau, hijo de un primer matrimonio de María Martín. Como trabajaba habitualmente con su abuelo y su hermano uterino, es con toda probabilidad al que se refiere este recuerdo del P. Coudrin: “Un día, le gustaba recordar, que yo estaba en los campos con uno de mis tíos, le vi arrodillarse detrás de la carreta, al sonido de la campana que anunciaba la Elevación. Era durante la semana. Él creía que aquello no me llamaba la atención, porque yo no tenía más que cinco años; pero os puedo asegurar que aquello me hizo tal impresión que nunca he dejado de recordarlo.

Aún no hemos hablado de *la madre de nuestro Fundador*⁶. “María Rion no se queda en nada detrás de su marido. Piadosa como él, fue una mujer cabal y una madre admirable. Como marcando el destino de su sexto hijo que esta a punto de nacer, escucha que la dice una mendiga desconocida que la ha asustado cuando empieza a hablar: “No se esconda, Señora, lleva en su seno un niño que será la felicidad de vuestra familia”. Dirigiéndose desde el púlpito a sus vecinos en 1836, este hijo, convertido en sacerdote y fundador, les hizo esta confidencia: “Los ejemplos de piedad que me ha dado mi virtuosa madre, me han hecho más impresión que todo cuanto he visto u oído en los diferentes lugares en que la divina Providencia ha hecho que estuviera después”.

La Señora Coudrin tenía la costumbre de conducir a sus hijos, desde la más tierna edad, ante el cuadro de Santa Ana, en la iglesia de Nuestra Señora, y allí les enseñaba a rezar el rosario. La devoción hacia la Santísima Virgen, que llenaba hasta desbordarla el alma de su hijo, es aún a su madre a quien la atribuye públicamente, en uno de sus sermones predicado en Coussay en 1836. Él murió en marzo de 1837, como si hubiera querido descargar y guardar sus más entrañables recuerdos allí donde nacieron.

María Rion murió en la paz del Señor el 13 de abril 1805. Si hiciéramos un rápido recorrido sobre su descendencia nos haría percibir una prole selecta, de elección, porque la marca dejada por tales padres, tan dignos de su misión divina, era definitiva.

⁶ Nacida el 1 de enero 1732 de Juan Rion, sastre (+ 1775) y de María Florent (+ 1775). Tuvo un hermano, Francisco, padrino de Pedro (Coudrin), fue sacerdote y mártir, que murió en los pontones de la Rochefort, entre las ratas y las basuras, como todos cuantos llenaban el barco. Está enterrado en la isla próxima de Aix.

HUÍDA A SAINT USTRE

Últimos recuerdos

Varias veces he vuelto a leer esta pequeña y conmovedora historia sobre la huída y refugio del Fundador desde Coussay-les-Bois al cercano pueblecito de Saint Ustre, apartado de las líneas de circulación, en el límite de un bosquecillo, que probablemente entonces lo rodearía. Lo conocí en una visita a Poitiers, pasando de lejos con alguien que me enseñaba aquella región.. Curiosamente, el P. Xavier Riou, ss.cc. en esos momentos capellán de nuestras hermanas de la Grand'Maison, en Poitiers, estaba en la planta baja de su antigua 'casa del capellán' repasando unas diapositivas. Iba terminando su montaje "*Un grenier prestigieux*", en referencia al de la Motte d'Usseau. Eran los momentos en que ese lugar aún estaba destartado y aviejado por tantos años. Eso les movió a 'restaurarlo', lo que me dejó sin un solo deseo de volver a verlo. Para mí, aquello ya no era el 'granero'

Esta anécdota viene a cuento de que mientras mirábamos las diapositivas, todas tomadas de por allí, de nuestros lugares de la Congregación, según el P. Xavier. No quería otra, por bella que fuera, de otros lugares. Aún recuerdo la hermosa fotografía de la Santa Cruz de la vidriera en brillantes rojos, del ábside de la Catedral de Leonor de Aquitania, tan lejana en las alturas del ábside plano, famoso en el arte Plantagenet. Un muro de seis metros de espesor. Siguiendo con ellas le llegó el turno a la que debía reproducir la iglesia del pueblecito de S. Ustre. "No hemos podido encontrarla" decía refiriéndose a esta iglesia. En mi asombro, le contesté: "Pero si hace dos días que la he visto, yendo por la carretera, al fondo de un campo de cereales ya segados". "Imposible, me contestó, piensa que envié nada menos que al P. André Mark para que me tomara las fotografías". Después de aquello, el P. André estuvo durante 10 años como responsable del Archivo de la Congregación en Roma.

Con tanta seguridad le insistía, que al fin cedió para que fuéramos al día siguiente en su coche. Esto le resultaba muy trabajoso, pues padecía una fuerte diabetes, y debía saber de antemano su reglamento del día siguiente, para acoplar a él de antemano su comida y sus horarios. "Cuando necesites que te acompañe a cualquier lugar, has de advertírmelo el día anterior". A veces ya lo tenía preparado él mismo: "Esta tarde te voy a enseñar unos rincones interesantes". Aquella mañana y a la hora convenida, nos fuimos con su coche a través de los caminos del campo. En un cierto momento le dije: "Mire, ahí tiene a Saint Ustre". Le costaba creerlo. Allá al fondo, a la larga distancia que nos podía separar un gran campo segado de cereales. En el límite de un espacio arbolado, tras una vieja tapia, emergían las ruinas de la iglesia, con sus muros de vieja piedra gris, totalmente desprovista de techumbre. Con un corto rodeo por la carretera, nos encontramos a su lado, ya bajo los árboles. Serían las doce de mediodía, porque allí mismo estaban cerca de la iglesia, una o dos familias comiendo juntas, sentadas sobre el suelo que hacía de silla y mesa.

Nos acercamos a la 'iglesia' cuya puerta (?) de dos grandes hojas daba al bosquecillo. En los alrededores de las paredes crecían abundosos los matojos y las zarzas. Empujamos la puerta que chirriaba y en lugar de bancos y de fieles cristianos, estaba repleta de zarzales y matojos, casi como para no poder entrar. Dentro, por encima de los muros brillaba un espléndido azul como techumbre. "Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo". Salimos y nos acercamos por el exterior al ábside , donde Xavier tomó unas fotografías. Habíamos encontrado Saint Ustre.

El ambiente político-religioso de Coussay

Pero volvamos a Coussay-les-Bois, con el reloj puesto en la hora de la historia, Junio de 1791, en la penosa situación en que se encuentra el clero de toda Francia ante el juramento ordenado a los sacerdotes a la *Constitución civil del Clero*. Testigo entristecido ante las diversas actitudes que observa en su entorno, el seminarista Coudrin que aún no es más que diácono de la Iglesia, en la esfera de sus influencias y reacciones, trata de esclarecer los espíritus. Ante un problema que parece tan complicado a los mismos sacerdotes, ¿cómo la masa de pueblo no habría de estar inquieta y desconcertada? El seminarista permanece al acecho de todas las informaciones que contribuyen a justificar el rechazo de prestación del juramento. Se trataba nada menos que de reconstruir la estructura de la Iglesia desde sus mismos dirigentes y de ahí su título *Constitución civil del clero*. En Roma se esperó con prudencia un cierto tiempo, para conocer por los resultados lo que se escondía bajo la legislación, capciosa en muchos de sus términos. Con una experiencia suficiente, el Papa Pío VI condenó esta Constitución, lo que trajo la paz a muchos buenos corazones que vivían con una conciencia un tanto atormentada, pero con esa paz llegaba por detrás la persecución de los recalitrantes.

No podría creerse, en efecto, que la autoridad eclesiástica legítima dejara al clero debatirse en angustias dolorosas sin darle las directivas necesarias. Los obispos, casi unánimemente opuestos,¹ ¿no era ya esta una línea de conducta, claramente trazada a sus subordinados? A la lección de su ejemplo personal, Mons. de Baupoil de Saint-Aulaire (obispo de Poitiers) añadió instrucciones precisas, sobretodo en la ordenanza del 29 de marzo del 1791.

Un Breve de Pío VI de 10 de marzo alabó públicamente la conducta de los obispos de la Asamblea nacional que habían luchado contra la ley sacrílega. Un segundo *Breve del 13 de abril* pronunció la *suspensión* contra todos aquellos que en 40 días no hubieran retractado su juramento; les declaraba *irregulares* si ejercían, a pesar de la prohibición señalada, las funciones de su ministerio. Por una nueva Ordenanza del 3 de junio, Mons. de Saint-Aulaire se adhirió al Breve del Papa y lo promulgó en su diócesis, corrigiendo y adaptando lo que en sus anteriores instrucciones precisas le pareció insuficiente.

¹ Se sabe que solamente 7 prestaron el juramento: 4 titulares, 2 auxiliares y 1 obispo *in partibus*

Desde el 15 de febrero, cuando la gran mayoría de sacerdotes no se había visto aún ante la opción de adherirse de manera estable al cisma, el obispo de Poitiers había dirigido al colegio electoral, convocado por él mismo para darle un sucesor, estas líneas significativas que no dejaban ninguna duda sobre la regla a observar:

“¿Cuál es el crimen que se osaría reprocharnos para que mereciera una pena tan grave como la de la deposición?

“Este crimen ¿sería el rechazo que hemos hecho del juramento *inicum* que se nos ha propuesto, y que no podíamos hacer sin convertirnos en culpables ante Dios y despreciables a vuestros ojos?

“¡Ah! muy queridos hermanos, si es ese nuestro crimen, nos gloriamos de ello, en vez de enrojecer por ello, y tenemos la confianza que Aquel que juzga nos dará a recompensa.

“Vuestra tentativa no sería por tanto mas que una insurrección contra vuestro superior legitimo y un atentado contra las reglas de la Iglesia, contra su autoridad”

Libertad a los laicos, imbuidos de filosofismo, de fingir la indignación y de creerse afectados “por el escándalo que el obispo había causado entre los que llama su rebaño”. Libertad a esos espíritus perdidos para taparse la cara ante un escrito cuyo autor, por su parte, está desgraciadamente cubierto por la “inviolabilidad parlamentaria”, y cuya lectura, como pretenden, les ha “inspirado piedad más que indignación”. Libertad a los que, por fin, puedan finalizar rabiosamente denunciando al prelado a la Asamblea constituyente:

“Fieles a nuestro juramento, fieles a lo que nos impone el carácter de que estamos revestidos, nos debemos a nuestros compromisarios, nos debemos a nosotros mismos el denunciaros el escrito incendiario del Monseñor Beaupoil”.

Pero, los sacerdotes, numerosos sin embargo en esta asamblea electoral, de la que saldrá un obispo intruso, ¿no deberían encontrar en los nobles acentos de su primer pastor un coraje y una orden para no pactar con el error? No pueden argüir con su ignorancia.

Con esta llamada de los documentos del Papa y del obispo, no comprenderíamos lo que va a suceder.

Todos los actos de la jerarquía superior llegaron a conocimiento del diácono Coudrin que no se apuró por creer en su deber de repartirlos en todo su entorno. Quizás al hacer esto, ignorara las severas penas y las graves dificultades a las que se exponía ante la ley civil: si las hubiera conocido, su conducta ciertamente no hubiera sido diferente. Estaba en juego la fe: ¿podría dudar?

Los Breves de Pío VI, que habían condenado la constitución civil, preocupaban

mucho a los constituyentes, aunque afectaran ignorar su existencia o de contestar su autenticidad. La Asamblea creyó poder parar su difusión por un decreto el 9-17 de junio, que castigaba con la degradación civil "a todos cuantos *leyeran, distribuyeran, imprimieran, o pegaran* en las paredes, los breves, bulas, rescriptos y otros envíos de Roma, no autorizados por un decreto sancionado por el rey" El joven diácono quedaba comprendido directamente dentro de esta medida legislativa.

Los espíritus progresistas de Coussay-les-Bois conocieron, por sus relaciones continuas con los clubs de Chatellerault, la deliberación del 9 de junio, o bien ¿no tuvieron otra intención que la de su odio contra un sacerdote y un diácono, culpables para ellos de dificultar el ministerio del abbé Brunet, el vicario juramentado? De cualquier modo, la realidad fue que desde el 15 de junio, fueron expedidas unas denuncias, por la municipalidad contra el párroco y el seminarista, a los miembros del distrito de Chatellerault.

Documento de gran valor que nos señala la actividad del abbé Coudrin en el momento en que el obispo legítimo de la diócesis y el Papa de Roma dan al pueblo cristiano recomendaciones cualificadas. El texto íntegro merece ser reproducido a pesar de su estilo primitivo y algunas incomprensiones manifiestas.

"Señores, la municipalidad tiene el honor de informaros que desde hace unos días² corren varios dichos incendiarios en esta parroquia, que provienen del señor párroco que tiene varios ayudantes, que llegan hasta decir que la misa dicha y celebrada por el señor François Brunet, sacerdote y vicario de esta dicha parroquia, era nula y que al contrario es sacrílega y que todo quien (se) confiesa con el señor vicario queda condenado.

"El abbé Coudrin diácono y partidario del señor párroco ha declarado públicamente y en plena concentración al exterior, que el señor vicario no tiene mayor poder que él para celebrar los santos misterios. El escribano de esa municipalidad (ha dicho) él mismo que estando con su familia no se le podía impedir hablar ni sobornar para decir lo que le plazca en la parroquia y anunciarles el breve o pretendida bula y ha dicho también públicamente que predicaría cuando le pareciera bien y que no se le podía imponer ni pedirle el juramento requerido por la ley.

"El señor párroco corre ante los enfermos para impedirles que no se confiesen al señor vicario: quejas presentadas por el dicho señor vicario. Y además, que una persona confesada por el señor vicario se ha presentado al señor párroco para reconciliarse. Le ha hecho recomenzar su confesión completa y le ha dicho que no había recibido ninguna absolución de parte del señor vicario, en el bien entendido de que él no tenía poder alguno de confesar y le ha hecho prometer que no volvería más, todo esto afirmado por el señor vicario.

² Después del Breve del Papa del 13 de abril y la carta del 3 de junio de Ms. de Saint-Aulaire, evidentemente

“Todo esto considerado, Señores, tengan a bien el ordenar que haya un ‘sirviente’ para que haga las funciones públicas de esta dicha parroquia hasta el nombramiento de otro párroco. Esto podría poner fin a las revoluciones que comienzan a reinar allí después de algunos días. El señor vicario, al ser amado por su parroquia le pedirían como servidor y hasta como párroco si esto fuera posible. Espero que nos hagáis justicia, y somos con la más profunda sumisión, vuestro muy humilde y muy obediente servidor”

En Coussay, el 15 junio 1791.

Sigue la firma de alcalde, Teófilo Félix, y de seis consejeros. Este Teófilo Félix era el antiguo escribano forense, cuando lo de la encuesta judicial, en 1767, contra la Señora Coudrin y Francisco Massoneau. Nombrado al año siguiente notario en Coussay-les-Bois, una encuesta de moralidad hecha por su cuenta testimonió sobre su probidad y “de su afecto por la religión católica, apostólica y romana”. ¡Que cambio desde entonces!

.....

El P. Coudrin se refugia en Saint-Ustre

Su intimidad con el párroco: esta denuncia obligó al abbé Coudrin a dejar el pueblo, donde los empecinados se preparaban para causarle una mala jugada. Encontró un refugio en casa del párroco de Saint-Ustre, distante algunos kilómetros de Coussay-les-Bois.

Saint-Ustre era una modesta parroquia, que formaba parte en 1803 de la de Ingrande-sur-Vienne³. Perdido en el campo, lejos de las grandes comunicaciones, ofrecía un asilo seguro. Su iglesia aún existe; pequeña, rodeada de verdor, tiene una cierta dignidad. El párroco, Luis Fillatreau, rehusó el juramento cismático: más tarde sufrió la deportación. “Es un valiente sacerdote, hombre ejemplar”, nos dice un registro del obispado. Nos complace reconstruir la atmósfera de simpatía, y hasta de intimidad, que se estableció, a pesar de la diferencia de edad, entre el pastor fiel y el diácono atrevido. No teneos mas que hojear las cartas del P, Coudrin dirigidas a quien llama todavía, mucho tiempo después, su “muy querido, venerable, amable, amigo”, su “amable papá”. Nombrado el 1 de abril 1805, capellán del hospital de Châtellerault, el abbé Fillatreau mantiene al P. Coudrin al corriente de sus penas, le consulta sobre asuntos personales, le hace partícipe con delicadeza de su ayuda, porque sabe que un fundador de Orden tiene inmensas necesidades. Vuelvo a reconocer, le escribe su antiguo protegido, “ aquel corazón de 1791 que me dio, en Saint-Ustre, tantas pruebas de amistad que jamás he olvidado” (3 dic.1806) Y de nuevo, el 11 de enero 1807: “Amad por tanto siempre como padre a vuestro hijo pequeño de S. Hutre, de cuando su huída de Coussay-les-Bois. Debe haber por ello infaliblemente unas relaciones

3 Desde 1805, como alcaldía. Ustre o Hutre, en latín Adjutor. El Sr. Fillatreau tenía un cierto desahogo de fortuna. En el momento de que hablamos, gozaba también de una pensión de 60 libras por el priorato-parroquia de Jouhet, diócesis de Bourges.

muy íntimas en el cielo entre nosotros dos, porque nunca le he olvidado y, desde aquella época, sin esfuerzos, estáis presente en mi recuerdo muchas veces durante la jornada”.

El buen capellán ha contado sus miserias al P. Coudrin y ha entrevistado un porvenir que les reuniría a los dos: “Estoy en verdad apenado, responde este, de vuestra situación en medio de tres caracteres tan difíciles de conciliar. Dios os conserva ahí para aumentar vuestra corona. Comprendéis bien que no pueda aconsejaros huir de la cruz que el mismo Señor os ha impuesto por medio de vuestro obispo. Pero si alguna vez tomáis la decisión de venir a permanecer conmigo, estoy totalmente, sí, totalmente a vuestra disposición” (3 diciembre 1806).

Los sentimientos del Sr. Fillatreau no son menos excelentes para con el P. Coudrin. En una carta del 3 de octubre 1805, la única que tenemos de él, se muestra confiado y afectuoso. Empieza ya a tratar del proyecto que le llevará a Picpus tres años más tarde. “...Acabo de dar, bajo la ayuda de la gracia, un gran paso hacia el despego de las cosas percederas de aquí abajo. He vendido el lunes mi pequeña casa de S. Ustre que yo había levantado con esmero y por la que sentía una gran atracción. *Allí fue donde tuve el placer tan halagüeño de conocer a un amigo verdadero y os abracé por primera vez.* Ah!, qué querido me resulta, aquel precioso momento, pues que será, como lo espero, la razón de mi felicidad eterna!...” Un poco más adelante, le llama “mi extraño y buen amigo... Mi candela se apaga, le abrazo mil veces”.

Como consecuencia de dificultades imprevistas, el buen anciano no pudo ir a Picpus más que en 1808. Allí realizó el programa que trazaba su pluma ya en 1805: “Espero que me mantengáis lo que me habíais prometido en el exilio que tuvisteis la bondad de ofrecerme; que en él sería libre, que diría la Misa cuando pudiera. Por la pensión, la arreglaréis vos mismo. Dios me ha proporcionado, mil y mil veces más gracias por ese lado de las que yo me merecía, no ser una carga para nadie, si no es que lo fuera mi miserable persona. Pero por lo demás, no soy nadie, no puedo nada, deseo y espero no mezclarme en asuntos de otro, si no es mas que trabajar con la gracia de Dios, solamente por mi salvación”.

El P. Coudrin llenó de las atenciones más delicadas a su venerable amigo; él mismo le cerró sus ojos en 1813.